
“HAY UN VALLE

EN MI INFANCIA”

COMENTARIO DE ANGEL MARTINEZ

La infancia es ya la raíz consciente de nuestro ser de hombres. Y en el poeta es ya la raíz de todo lo que en él ha de haber de poesía expresada.

Más que nadie el poeta es una palabra que se hace. Y de la palabra consciente que él dijo en la infancia nacerá y se formará y se dará entera la palabra total que él ha de ser. Dicho admirablemente por un poeta loco (nicaragüense) ese será el total de su palabra.

En la infancia consciente del P. Bertrán hay un valle hermoso -tan hermoso que sólo los que con él, aunque sea en un solo día, lo hemos vivido, podemos decir o sentir, si no decir, todo lo hermoso que es-. Y ese es el Valle que da hoy y en que se nos da hoy la palabra que es el P. Bertrán, el mismo que nos trae ese Valle en su persona y en sus palabras.

No es nada extraño, aunque lo parezca, que el P. Bertrán haya acabado de encontrar ese Valle de su infancia en plena madurez de hombre. Porque no es nada extraño, aunque lo parezca, que el hombre no encuentre sino en plena madurez la propia infancia con todo su snetido, como raíz del mismo hombre. Sólo desde esa altura del hombre hecho cabe penetrar en la hondura del niño que lo anunciaba. Es alta y profundamente significativo

que el poema humano más alto y más hondo, el mejor organizado que existe, aquel en que el cielo y la tierra -y el infierno- pusieron mano, naciese de una mirada de niño que apenas empesaba a darse cuenta de que ya sabía mirar. Fue aquella mirada toda una transformación de su ser que había de transfigurar toda su vida de hombre, para que el hombre se diese en la palabra que era, como había empezado a crecer de aquella íntima raíz.

Raíz de cumbre un valle. . . Un Valle todo cumbre es el que hoy nos trae a Nicaragua, con la venida que vale más, el P. Juan Bautista Bertrán. Más que en ninguno de sus diez libros anteriores de poesía en verso (los libros en prosa lo son también de poesía), va el P. Bertrán en éste, desde el principio, a la expresión directa, sin dejar que se pierda su acostumbrado rigor exquisito de la selección en la expresión de lo figurado. Y siempre todo para llegar a la raíz de donde nace, con el sentimiento y el pensamiento propios, el objeto amado con que se ha de dar él mismo -el poeta, el hombre- en esa expresión. Aquí ese objeto amado es la infancia con todo la que la hizo -un valle-, para que ella hiciera al hombre que en el poeta lo ha de dar y se ha de dar, como hombre ya y en ese valle de una cumbre.

Infancia, raíz del hombre, pero centrada ahora y encarnada en el valle que la vio nacer y crecer. Transformados los dos, sin deformarlos -el niño y el valle, el hombre y la cumbre-, transfigurados los dos en la palabra, pero sólo para llegar más vivamente, más adentro de la realidad de lo que son, como árboles que no dejan de ser árboles sino que lo son más cuando nos dan con ellos mismos el cielo que parecen sostener:

"Los troncos de abetar cielo sostienen"
(página 38)

-"¿Dónde se lo llevaron? (aquel valle).

-No se lo llevaron (consigo los años): te lo trajeron adonde tú lo habías de vivir con todo su sentido para darlo contigo y con él mismo, con ese valle, en la cumbre de los Pirineos y de tu vida, para que se te hiciera tu tierra universal al decirla, no como la viste en tu infancia, sino como desde tu raíz ha venido creciendo en ti y contigo. Hay una armonía perfecta entre lo que da -cosas todas, vivas, del valle hermosísimo: casas, vida rural, paisaje atravesado por el río aún vivo y que lo canta, vida antigua de piedras que crecen con la infancia. . . -, armonía perfecta de todo con la forma de darlo.

(Todo el libro es así, pero léase especialmente: Hay un valle en mi infancia -pág. 24- o recogido en las páginas, con tanta poesía como en sus mejores versos, de ese "Entremos" conmovedor para mí y creo que para todo el que sea capaz de conmoverse.) Todo se ha puesto ahí -en el valle real y en el que realmente nos da el libro- como para que este poeta lo viviera, viviéndose de niño, y lo dijera -nos lo hiciera vivir- de mayor.

-Todo lo siento bien. Entro en todo. Lo vivo. A veces hasta lo toco. Y. . . sin embar- go. . .

En una larga carta, a propósito no sé de Viento y estrellas o de Río hacia el alba del mismo P. Bertrán, le explicaba yo la diferencia de este darnos él todo lo que mira, con un eco en el alma por haberlo mirado conmovido, y mi quedarme fuera, como mirándolo todo desde lejos o tan extremadamente cer-

ca que sólo dentro de mí lo veo. Leyendo este nuevo libro, me hubiera repetido lo mismo que allí dije, si lo recordara. Tan lejos yo de todo eso, desbocado entre las tempestades del alma, viviendo desgarramientos de vidas de otros en la mía y al mismo tiempo refugiado en esa misma vida de niño y adolescente en mí sin freno, por lo alrededores de lo que soy en lo que fui o en lo que quise ser y a lo que aún no he llegado.

Como cuando estoy con él, como cuando estuve con él en ese Valle de su infancia, me gusta mucho que el P. Bertrán me vaya señalando todas esas cosas de fuera, para caer en la cuenta, viviéndolas otra vez, de que tan adentró las llevamos. Si no me las señala, me parece que no las veo. Se me ha metido el mundo tan adentro, que ya lo miro fuera como dormido y sólo me parece verlo bien cuando echo de ver que de mí está naciendo. No ha sido poca la virtud -poder de evocación- de este libro, para hacer que viviera de nuevo así, naciendo de mí, con el mío el valle que canta. Y los dos, con otras tierras amadas, cruzados por tres ríos: el Ter que se funde con el Ebro, y el Ebro que se funde con el San Juan, para dar con la vida entera de un niño que creció en hombre, a este hombre que sigue creciendo y no ha de dejar de crecer hacia el Hijo del Hombre.

Raíz de cumbre en Valle, con toda la inocencia de lo ingenuo, que ya en su elevación es santidad -su ser lo mismo en todo- y sabiduría de santidad en el que lo contempla y acierta a decirse como es, en lo que ve.

El P. Bertrán es de los poetas que, en un atinado artículo, decía Joaquín Pasos que necesitamos: poetas en gracia de Dios. Como, gracias a Dios, los ha habido siempre y sigue habiéndolos aquí, desde que Nicaragua especialmente es y como ninguna, tierra de poesía y de poetas. Y tan unida como está la poesía de esos poetas a la gracia de una infancia que es principio de aquella inocencia sabia que sólo el poeta en gracia de Dios sabrá plenamente recoger del hombre, para darlo co-

mo de su raíz de la misma infancia se ha hecho. Sólo que lo que era entonces inocencia de las cosas y del hombre, es ya santidad de los seres en su aspriación al Ser, y en el hombre, como antes apuntaba, aspiración al Hijo del Hombre. Cumbre del Valle ya o valle en la cumbre que se funde en el cielo, el niño que en el nombre se da en la palabra que es -palabra de poeta-.

Convento de San Juan de las Abadesas.
(Foto tomada del libro
"Hay un valle en mi infancia", del P. Bertrán).

